Año XXI.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Num. 17.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,

BELLAS ARTES, NOVELAS, MÚSICA, CRÓNICAS, COSTUMBRES Y LITERATURA.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
UN NÚMERO SUELTO 2 RS.—DICHO CON PATRON 3 RS.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.—Núms. sueltos 4 rs.
La remision se hace por correos el mismo dia en que se publica.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
UN NÚMERO SUELTO CON PATRON Ó SIN ÉL, 2 RS. FS.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.—Números sueltos 3 rs. fs.
DIRECTORES PROPIETARIOS: **Sres. De Cárlos y C.ª**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
UN NÚMERO SUELTO 4 RS. FS. CON PATRON Ó SIN ÉL.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.—Números sueltos 5 rs. fs.
La remesa se hace por vapores en el mismo dia de la publicacion.

Sumario.—Explicacion del grabado de modas.—Lambrequin pequeño de tapicería.—Acerico.—Tocado Roseta.—Orla para labor de tapicería.—Tapete para reverbero. —Explicacion de la hoja de patrones.—Chaqueta de solapas.—Corpiño semi-escotado.— Fichú María Antonieta.— Manga de muselina.— El ciego de los Valles.—Rosa Deroy. — La mujer. — Explicacion del figurin iluminado.—El salto del caballo.—Solucion del geroglífico inserto en el número anterior.

Explicacion del grabado de modas.

PARA CONVITE.—Trage de muaré antique malva; la guarnicion se compone de bullones de crespon malva, orlados de cinta de terciopelo negro estrecho y rodeados de encage negro: una roseta de cinta malva está colocada en medio de los cuadros formados por el entrelazamiento de los bullones que adornan el delantero del trage.

TRAGE DE GASA DE SEDA VERDE CLARO.—La enagua está guarnecida con un volante de encage (35 centímetros de ancho) y encima de él corre un rizado de cinta de tafetan verde; otro segundo volante (15 centímetros de ancho) está colocado sobre el primer volante, y termina á cada lado por una roseta de encage, sujeta con un lazo de cinta; la gran roseta de cinco cabos colocada en el delantero del trage, se compone de rizados de cinta de encage negro y de rosas color rosa; se pueden simplificar los adornos, sustituyendo á los volantes de encage volantes de gasa igual á la del trage.

Los adornos de la figura primera podrán reproducirse, para un vestido de verano, en barege ó museli-

VESTIDO PARA CONVITE. — TRAGE DE GASA DE SEDA VERDE CLARO.

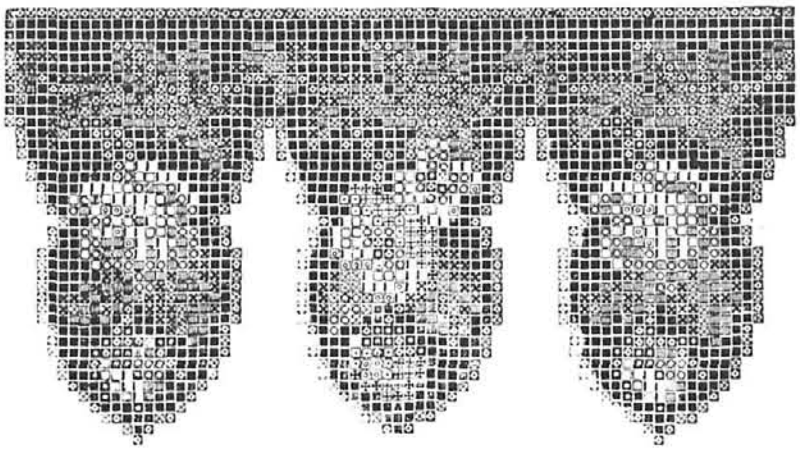
Acompaña á este número un suplemento, el cual es una gran hoja de patrones.

© Biblioteca Nacional de España

na; en este caso los bullones se frunciria:n muy poco; el encage que los rodea se reemplazaria con un volante estrecho, que tuviese 3 ó 4 centímetros poco mas ó menos de ancho, fruncido solo en los ángulos, y muy ligeramente en todo lo demás de él; los bullones no continuarian sobre el corpiño, si este era fruncido; si fuese liso, se los podria disponer en forma de tirantes.

Lambrequin pequeño de tapicería.

Este dibujo servirá para ejecutar lambrequines destinados á diferentes usos. Ejecutado en canevas fino, se le podrá emplear para guarnecer canastillas de labor, cestas para cigarros, etc.



LAMBREQUIN DE TAPICERIA.

Explicacion de los signos:—■ Azul de China. □ Amarillo de oro. ⊠ Negro. ⊡ Gris verde claro. ⊟ El mismo gris medio color. ✖ El mismo gris oscuro. □ Cuentas de cristal. ' Cuentas opacas blancas, ⊞ Cuentas blancas (llamadas cuentas de creta). □ Cuentas de plata. □ Cuentas de acero.

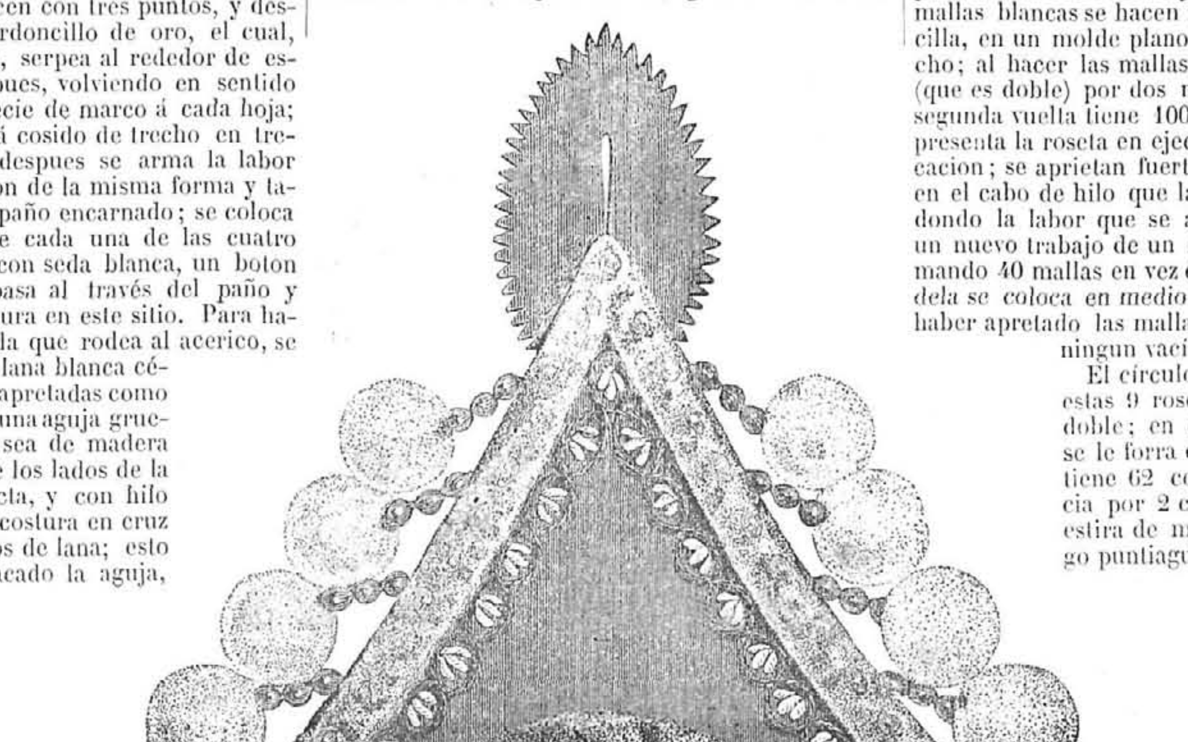
Acerico.

MATERIALES.—Paño encarnado; una madeja dé torzal de seda blanca, muy gruesa; cordoncillo de oro, tambien grueso; 4 botones de cobre; 24 gramos de lana blanca CÉFIRO, fina; carton, cuentas de plata huecas; aguja de hacer media, de madera, del n.º 5.

Este acerico es del número de los que se cuelgan de la pared; para hacerlo, se corta primero un pedazo de paño encarnado, que tenga la dimension de nuestro dibujo, el cual es de tamaño natural; se ejecuta ante todo el bordado hecho con seda blanca; los tréboles pequeños que rodean el borde del acerico se hacen con tres puntos, y despues se los rodea con cordoncillo de oro, el cual, como lo indica el dibujo, serpea al rededor de estas hojas de trébol, despues, volviendo en sentido opuesto, forma una especie de marco á cada hoja; el cordoncillo de oro está cosido de trecho en trecho con seda amarilla: despues se arma la labor sobre un pedazo de carton de la misma forma y tamaño que el pedazo de paño encarnado; se coloca en seguida en medio de cada una de las cuatro grandes rosetas, hechas con seda blanca, un boton *de cobre, cuya asa se pasa* al través del paño y del carton, y que se asegura en este sitio. Para hacer la guarnicion afelpada que rodea al acerico, se toman 15 á 20 hebras de lana blanca céfiro, y se las enrolla tan apretadas como sea posible al rededor de una aguja gruesa de hacer media, que sea de madera del número 5; en uno de los lados de la aguja se hace en línea recta, y con hilo blanco muy fuerte, una costura en cruz que reuna todos los cabos de lana; esto produce, cuando se ha sacado la aguja, un cordon hueco, que se hace del largo necesario para rodear el acerico, *y que se corta en* seguida con la mayor igualdad; en él de trecho en trecho se pasan hebras de lana pára formar las motas negras que en el dibujo se ven; se cose luego esta guarnicion al rededor del acerico, y se colocan las cuentas huecas en los sitios que se indican.

El coginete del centro se forma del mismo modo con corta diferencia: para *ello* se emplean unos 16 gramos de lana blanca, que se cortan por un lado; esta lana se envuelve al rededor de los cuatro dedos de la mano izquierda, se saca luego este asa ó grueso anillo, se le aplasta, y se le asegura por su medio atándolo con su hilo blanco muy fuerte; se cortan todos estos bucles de lana, y tundiéndolos con las tijeras se forma el coginete, el cual está combado en medio y aplastado por abajo; en él se pasan hebras de lana negra, como lo manifiesta el dibujo; se le cose sólidamente sobre el acerico, y se le rodea con cuentas de plata huecas.—Para hacer las 28 bolitas que van al *rededor del acerico*, se toman 90 hebras, poco mas ó menos, de lana blanca, se les echa un nudo que las comprenda á todas, y luego otro y otro hasta el fin, dejando entre estos nudos un intervalo de un centímetro; en cada uno de estos nudos se toma una nueva hebra, que *sirve para suspender la bolita; se cortan* las hebras de lana, siempre en medio del espacio que se encuentra entre nudo y nudo, y despues se colocan estos sobre una vasija llena de agua hirviendo, cuyo vapor hace hinchar las hebras de lana; se pasan al través de estas bolas hebras de lana negra, despues se igualan recortándolas con las tijeras; se ensartan algunas cuentas de plata huecas en el cabo de lana que ha servido para el nudo, y se suspenden las bolitas al rededor del acerico, como se muestra en el dibujo.

Para colgar aquel de la pared, se corta un pedazo ovalado de paño encarnado, se le hace un ojal en medio de alto á bajo, se le recorta al rededor en forma de dientecitos, y en fin se le cose por el revés del acerico.



ACERICO,

Tocado Roseta.

Dos dibujos se consagran á este tocado, que conviene particularmente para las jóvenes solteras y para las casadas jóvenes; compónese de copos hechos á punto de red con una seda especial, de invencion reciente, y á la que darémos tambien el nombre de *roseta*, por el del tocado que con ella se confecciona.

En el ya dicho tocado se emplean 12 gramos de seda blanca y 8 de seda lila; esta cantidad basta para las nueve rosetas que le componen.

Para hacer una de las rosetas, se pone seda blanca doble en la lanzadera, y se arman sobre un cabo de bilo 50 mallas, que se hacen con un molde plano de 2 centímetros y un tercio de ancho; en las mallas blancas se hacen mallas lilas, con seda sencilla, en un molde plano de un centímetro de ancho; al hacer las mallas lilas, se cuenta cada malla (que es doble) por dos mallas, de modo que esta segunda vuelta tiene 100 mallas; el dibujo que representa la roseta en ejecucion completará la explicacion; se aprietan fuertemente las mallas blancas en el cabo de hilo que las sostiene, se reune en redondo la labor que se acaba de hacer, y se hace un nuevo trabajo de un modo semejante, pero armando 40 mallas en vez de 50; esta segunda redon*dela se coloca en medio de la primera*, despues de haber apretado las mallas de modo que no quede ningun vacío en medio.

El círculo sobre el cual se disponen estas 9 rosetas se hace de tul fuerte doble; en él se coloca un alambre y se le forra con cinta lila; este circulo tiene 62 centímetros de circunferencia por 2 centímetros de ancho; se le estira de modo que forme un óvalo algo puntiagudo por delante; la parte del círculo no guarnecida por las rosetas, está cubierta con bucles de cinta de tafetan lila, terminados por dos cabos.

Puede hacerse este tocado con seda blanca y rosa, blanca y verde, etc. Las rosetas pueden disponerse tambien en forma de corona al rededor de un sombrero redondo de paja, para niño ó niña.

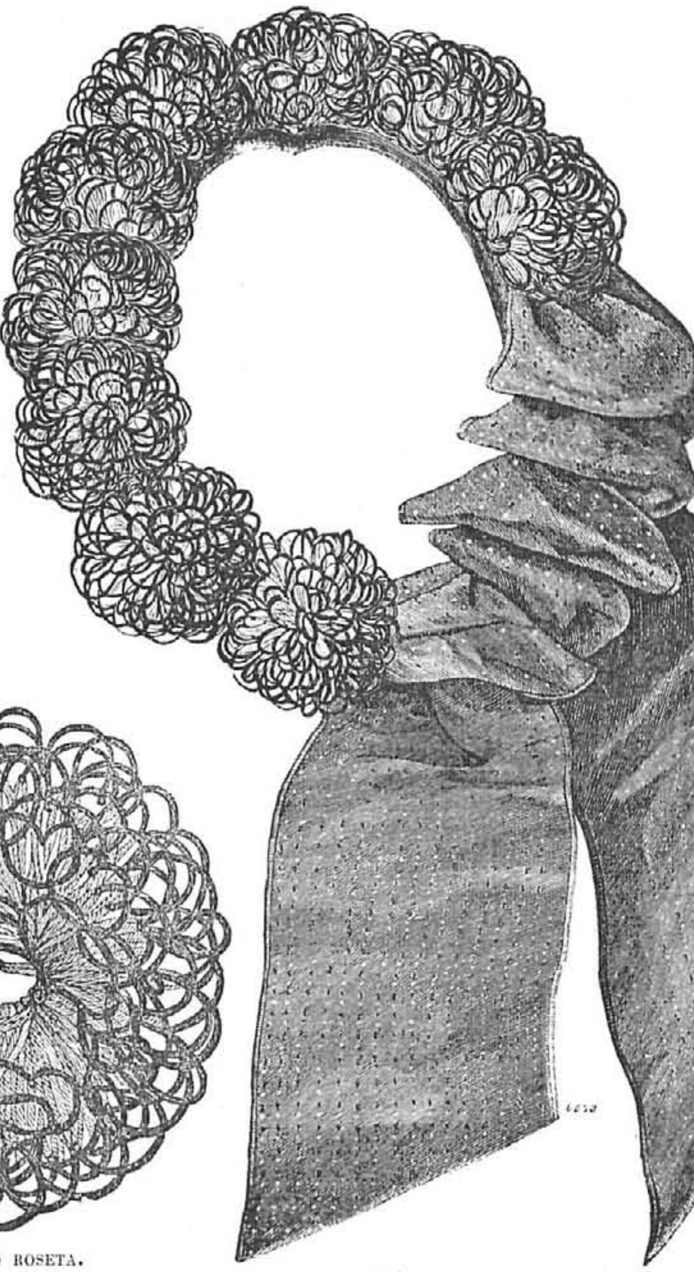
Orla para labor de tapicería.

Ofrecemos á nuestras lectoras esta pequeña orla, que servirá como de marco para los taburetes ó tapetes. Esta tira se ejecuta muy pronto: se ata á la tapicería una hebra de lana blanca gruesa (12 hilos) que cubre una cruz de canevas grueso; se pasan sobre esta hebra blanca puntos hechos al sesgo con lana negra (12 hilos); estos puntos negros cubren 4 hilos á lo largo y 2 á lo ancho del canevas. Despues de esta primera fila, se hace encima otra fila segunda igual, y se tira un poco la hebra blanca entre los puntos negros, de modo que figure una trenza *bien igual*.

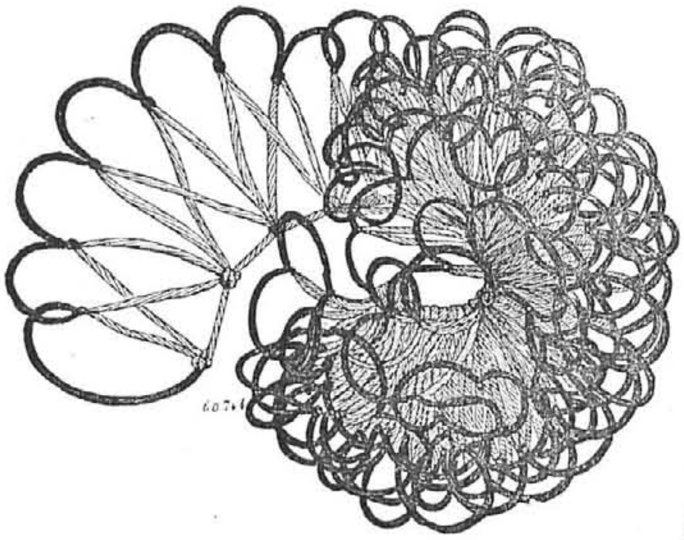
© Biblioteca Nacional de España

Tapete para reverbero.

Es difícil hallar una labor de capricho que sea al mismo tiempo poco costosa, original, sólida y linda. Este problema nos parece resuelto en el tapete de reverbero de que vamos á ocuparnos. Es *poco costoso*, porque se hace con 33 centímetros de encerado fino, por un lado verde y por el otro negro. Es *original* porque la guirnalda de hojas de yedra que lo rodea es de un aspecto poco comun. Es *sólido* porque una brocha ó cepillo fino, humedecido con agua y jabon, basta para devolverle su primitiva frescura. En cuanto á *lindo*, nuestras lectoras juzgarán que el efecto de esta labor es muy elegante, no obstante la extremada sencillez de los materiales empleados.—Nuestro modelo representa una especie de tablero de damas rodeado de hojas de yedra; el dibujo n.º 1 ofrece á la vista la cuarta parte del tapete; los dibujos n.os 2 y 3 son los patrones de una hoja grande y de otra



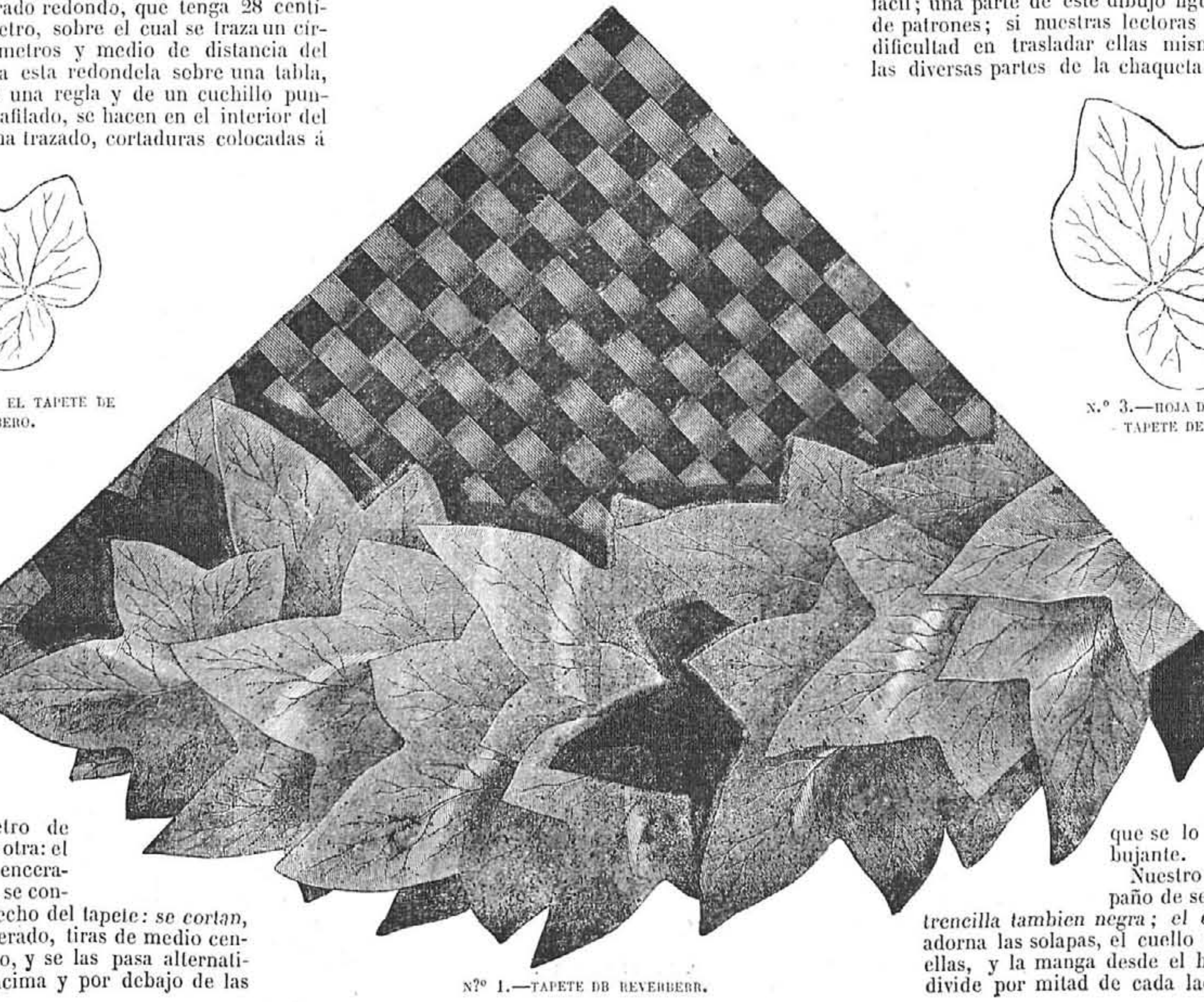
N.º 1.—TOCADO ROSETA,



N.º 2.—DIBUJO PARA EL TOCADO ROSETA.

pequeña de la orla.—Se corta, para el fondo, un pedazo de encerado redondo, que tenga 28 centímetros de diámetro, sobre el cual se traza un círculo á 2 centímetros y medio de distancia del borde; se coloca esta redondela sobre una tabla, y por medio de una regla y de un cuchillo puntiagudo y bien afilado, se hacen en el interior del círculo que se ha trazado, cortaduras colocadas á

N.º 2—HOJA PARA EL TAPETE DE REVERBERO.



N?º 1.—TAPETE DB REVERBERR.

medio centímetro de distancia una de otra: el lado verde del encerado, así hendido, se convierte en el derecho del tapete: *se cortan*, siempre del encerado, tiras de medio centímetro de ancho, y se las pasa alternativamente por encima y por debajo de las tiras verdes formadas por las cortaduras ya hechas antes; solo las tiras que se acaban de cortar se emplean, por su lado negro, para formar las casillas del trablero; se sujetan las tiras negras al rededor del fondo que está terminado.

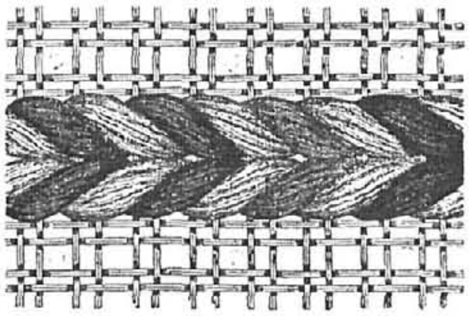
Se puede hacer la guirnalda que le sirve de orla con hojas artificiales de yedra; si se prefiere la combinacion que recomendamos, se cortarán 56 ó 58 con arreglo á nuestros dos patrones, y en este *número se podrán cortar unas mas grandes* y otras mas pequeñas; con la ayuda de las tijeras, del punzon, ó mejor aun, de un crochet, se marcarán las venas de las hojas, apoyando fuertemente sobre el encerado. La mayor parte de las hojas deberá ser verde; 7 á 8 de las mas pequeñas se harán negras, y se colocarán aquí y allá en la guirnalda; esta se hace enlazando las referidas hojas, y se la coloca orlando el fondo, fuera del círculo que se trazó; se redoblarán hácia afuera algunas de aquellas para dar mas relieve á la guirnalda.

EXPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES.

Chaqueta con solapas.

Figuras 9 á 16 del patron.

Esta chaqueta se hará de tafetan negro para acompañar á los trages cuyo corpiño esté algo usado, ó bien de piqué ó mahon para trages de verano; en caso de que se hiciese de piqué blanco, maiz ó lila, el bordado, hecho con trencilla de lana negra, se repetiria sobre el falso de



ORLA PARA LABOR DE TAPICERIA.

la enagua de piqué. El dibujo de trencilla es muy fácil; una parte de este dibujo figura en la lámina de patrones; si nuestras lectoras hallasen alguna dificultad en trasladar ellas mismas el dibujo á las diversas partes de la chaqueta, pueden hacer

N.º 3.—HOJA DE YEDRA PARA EL TAPETE DE REVERBERO.

que se lo traslade un dibujante.

Nuestro modelo es de paño de seda negro, y la *trencilla tambien negra; el dibujo de esta* adorna las solapas, el cuello que va unido á ellas, y la manga desde el hombro; él se divide por mitad de cada lado de la aber-

© Biblioteca Nacional de España

tura de la manga, repitiéndose sobre las vueltas de la misma; finalmente, una labor análoga se coloca en medio de la espalda. La hendidura de la manga se adorna con botones de pasamanería, análogos á la trencilla empleada, y semejantes á los botones mas gruesos que cierran la chaqueta por medio de cabos dobles de la misma trencilla, que pasan de uno á otro boton.

El arreglo de las diversas partes del patron se verifica reuniendo las letras minúsculas; al coser la figura 9 con la figura 10, se ha de cuidar que desde *b* hasta *c* las dos figuras se conserven iguales. Las figuras 10 y 11 se cosen juntas desde *d* hasta *e;* en la letra *e* comienza la abertura del lado de la chaqueta; se reunen las figuras 11 y 12, 12 y 9, juntando las letras; la solapa está cosida *k* con *k* sobre la figura 10, *h* con *h*, *l* con *l*, *m* con *m* en el bordo de la figura 9, de modo que al volver la solapa sobre la chaqueta, la costura se halle entre las dos partes; en el espacio que hay entre las dos cruces, la figura 9 debe estar un poco *sostenida;* se orla en seguida la solapa y la chaqueta con galon estrecho ó con trencilla de seda. Las dos partes de la manga (figuras 14 y 15) se cosen juntas, *u* con *u*, hasta *o*, *p* con *p* hasta la letra *q;* se une la vuelta con la manga, *estrella* con *estrella*, *p* con *p*. Al armar la manga en la sisa, la letra *q* debe encontrarse con la misma letra de la figura 9.

Fichú Maria Antonieta.

Figuras 17 y 18 del patron.

Nuestras lectoras se alegrarán sin duda de hallar en su periódico el patron de este fichú, tan gracioso y tan cómodo, y al que los cambios de la moda no han podido jamás desprestigiar. Los dibujos que otras veces hemos publicado servirán para bordar las guarniciones de este fichú, á menos que no se prefiera otra clase de adorno. Este fichú se hará, bien de muselina blanca, bien de muselina estampada, igual al traje al que acompañe, bien en fin de tafetan negro, para que juegue con toda clase de trajes.

La figura 17 representa la mitad del fichú, el cual debe ser por detrás sin costura y al hilo; la figura 18 da uno de los anchos cabos que cruzan por delante; se le une al fichú *a* con *a*, hasta *b* con *b;* se hace el dobladillo en el fichú; los volantes

FICHÚ MARIA ANTONIETA, VISTO POR DELANTE Y POR DETRAS.

son al hilo, el volante inferior, puesto en el bordo mismo, tiene 8 centímetros de ancho por detrás (no comprendiendo el dobladillo); disminuye por delante hasta 4 centímetros de anchura; su largo, desde el medio por detrás hasta unirse con la figura 18, es de un metro y 46 centímetros. El segundo volante, cuyo sitio va indicado en la figura 17 por una línea de puntos, tiene el mismo ancho que el primero: está un poco menos fruncido (1 metro y 16 centímetros para la mitad del fichú) y con cabeza, teniendo centímetro y medio de ancho; esta cabeza está tomada en el ancho mismo del volante. El volante con cabeza, colocado al rededor de la abertura del cuello, tiene 5 centímetros y medio de ancho (comprendiendo en esto la cabeza) y 74 céntimos de largo, desde el medio por detrás hasta la letra *b;* en este sitio (letra *b*) el volante cubre el fin de los volantes inferiores, y tiene 3 centímetros de ancho; este ancho aumenta gradualmente hácia la cruz, en donde llega á tener 6 centímetros, ancho que se conserva para la vuelta á todo el rededor del cuello, hasta la estrella; desde aquí el ancho disminuye con bastante rapidez, y ya no es sino de 2 centímetros y tres cuartos hácia la *b*.

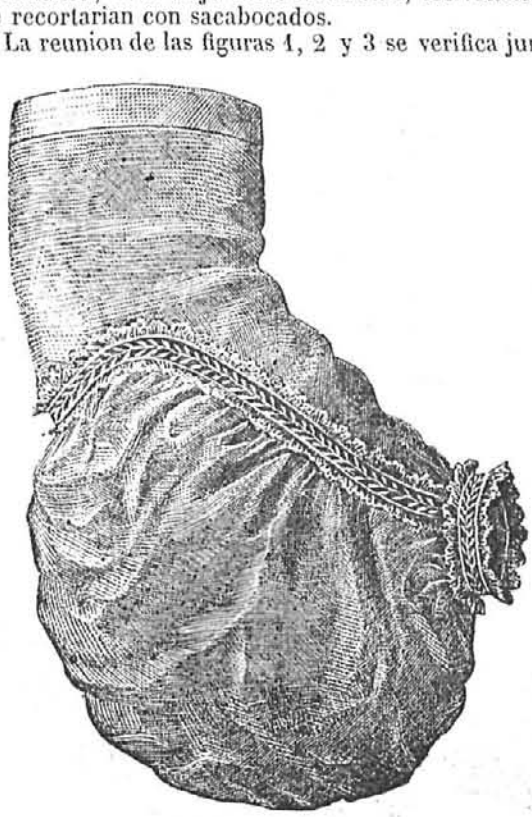
Corpiño semi-escotado.

Figuras 1 á 8 del patron.

Este corpiño está especialmente destinado á los trajes de primavera y de verano, por consiguiente á los trajes de tafetan lijero, de barege, de muselina estampada; con este corpiño se lleva una pelerina pequeña y cuadrada, guarnecida de encaje estrecho ó ancho, y abotonada por delante como el corpiño mismo; para equipo de mayor adorno se llevará el corpiño sin pelerina, con un camisolin de tul ó de muselina; esta última combinacion conviene particularmente á las jóvenes solteras. La manga se compone de dos volantes, guarnecidos ellos mismos con pequeños volantes, y unidos á una especie de jockey plano, igualmente guarnecido con dos volantes pequeños; en todos estos puede colocarse un encaje muy estrecho, puesto liso (en caso de que el traje fuera de muselina estampada) ó simplemente con dobladillo; si el traje fuese de tafetan, los volantes se recortarian con sacabocados.

La reunion de las figuras 1, 2 y 3 se verifica juntando las mismas letras; se ponen ballenas en las costuras del corpiño, y se le orla con una pestaña. La manga se compone de las figuras 4, 5 y 6; para cortarla, se colocará la tela al hilo sobre la línea que señala el medio; la figura 4 debe escotarse debajo del brazo en el sitio indicado por una línea fina; se cose cada una de estas partes separadamente; la figura 4 (que debe forrarse) se cose desde M hasta O; la figura 5, desde L hasta M, la figura 6, desde el punto hasta la M; se fruncen los dos volantes y se los coloca entre el forro y el dibujo de la figura 4, M con M, N con N; el volante superior de cada una de las séries de volantes tiene cabeza, como el volante aislado de lo alto de la manga; estos volantes deben estar ligeramente fruncidos; se hacen al hilo ó al sesgo, segun se quiere; su ancho (comprendida la cabeza) es de 4 centímetros. Al armar la manga en la sisa, la letra O debe encontrarse sobre la misma letra de la figura 1.

Las figuras 7 y 8 representan la mitad de la pelerina; no se forra; se la reune en el hombro desde P hasta Q; se la guarnece con un encaje, como hemos dicho, ó, si el traje es de tafetan, se la adorna con una tira recortada.



MANGA DE MUSELINA.

Manga de muselina.

Figuras 19 á 21 del patron.

Esta podrá hacerse, ya de muselina blanca, como manga interior, ya de tafetan, barege ó muselina estampada, como manga de traje.

Esta forma es nueva y perfectamente graciosa; por arriba y por la parte de encima es lisa, mientras que la parte inferior está fruncida; un entredos de encaje rodeado de encaje adorna la manga, cuyo puño se compone de un entredos guarnecido, como el anterior, de encaje; si el traje fuese de tafetan, se reemplazaría el entredos con una tira de terciopelo.

© Biblioteca Nacional de España

La fig. 19 (mitad de la parte superior, que es lisa) y la fig. 20 (mitad de la parte inferior, que es fruncida) se cortan de la siguiente manera: se coloca la tela doble, al hilo, sobre la línea que indica el medio, y se corta así cada parte de un solo pedazo; la parte inferior (fig. 20) está fruncida todo al rededor (á excepcion del borde inferior) por una costura enrollada bajo el dedo (repulgo flojo), despues reunida á la fig. 19 desde *c* hasta *d*,—desde *d* hasta *e*; se cose en seguida la manga desde *g* hasta la cruz; se hace un dobladillo en la abertura desde la cruz hasta la *f*; se frunce lo bajo de la manga desde *f* hasta *h*, y se la arma sobre un puño, del cual la fig. 21 representa el largo y el ancho.

ARTE DE DIBUJAR SOBRE TELAS.

Mr. Leballeur ha encontrado un medio muy sencillo, fácil y económico para lograr este interesante objeto. De él vamos á dar cuenta á nuestras lectoras. Ante todo darémos á conocer su aparato llamado

CAJA DEL DIBUJANTE.

Se reduce á una caja de hoja de lata de 24 centímetros de largo, 17 de ancho y 8 de altura. Esta caja contiene dos botecitos, tambien de hoja de lata, en uno de los cuales hay polvos blancos y en otro polvos azules; una plancha de mármol sin pulimentar, una mano de mortero para moler los polvos, y dos cisqueros, uno para cada color.

Cada caja de las de Mr. Leballeur lleva una instruccion para su uso, y que vamos á dar aquí:

Hay primeramente que picar el dibujo que se quiere, y colocar el papel así picado sobre la tela.

Hay que cuidar que la sustancia que ha de emplearse esté perfectamente triturada, para lo cual se ha de moler sobre la plancha de mármol, haciendo lo mismo siempre que haya necesidad de servirse de aquella. Se

CORPIÑO SEMI-ESCOTADO VISTO POR DETRAS Y POR DELANTE.

tomará poca cantidad de polvos; no se frotará con fuerza ni por mucho tiempo sobre el dibujo picado, despues se quitará el papel y se fijará la sustancia sobre la tela, colocando encima una plancha no muy caliente, que ha de levantarse sin resbalarla; para el paño y el terciopelo la plancha, algo mas caliente, se volverá hácia arriba, teniéndola sujeta por medio de un tornillo, ó de cualquier otro modo, y se pasará por encima la tela del revés. Se limpiará con cuidado la plancha cada vez que se la pone en contacto con los polvos, porque estos contienen una especie de resina que se pega al hierro, y el no cuidar de limpiarlo pudiera impedir el buen éxito de la operacion.

En general, las planchas deben estar tan calientes como se pueda sin enrojecer la tela.

—2—

EL CIEGO DE LOS VALLES.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

(Continuacion.)

Pero volvamos á mi viaje.

La tempestad bramaba ya encima de nosotros; los truenos y los relámpagos se sucedian con frecuencia y las nubes comenzaron á desatarse enviándonos una lluvia copiosa y fria que helaba nuestros cuerpos y nos azotaba el rostro. Me arrepentí de no haberme detenido en alguno de los pueblos que habiamos dejado atrás, y parando un instante á mi pobre caballo que iba caminando con las orejas caidas, miré en todas direcciones como buscando un punto cualquiera en donde pudiéramos guarecernos.

—¿Hay algun pueblo, venta ó caserío cerca de aquí? volví á preguntar al que me acompañaba.

CORPIÑO SEMI-ESCOTADO.

—Lo menos en dos leguas... no, me respondió el hombre visiblemente contrariado y como haciendo ciertos esfuerzos por demostrar un aplomo que no tenia.

En aquel momento acababa yo de divisar á lo lejos un espacioso edificio medio arruinado, que hasta entonces no me habia dejado descubrir la espesura y frondosidad de los árboles.

—¿Y aquella casa? pregunté de nuevo á mi interlocutor.

Mi hombre dió un paso atrás y se puso densamente pálido. Parecia que estaba sobrecojido; que tenia miedo.

Debo advertir que era un hombre de rostro y expresion varonil; jóven todavía, robusto y de formas atléticas. El terreno que pisábamos le era conocido palmo á palmo, como suele decirse, porque años atrás habia pertenecido á las filas del pretendiente D. Cárlos.

Pero él me habia hecho la revelacion de su debilidad y yo era entonces un muchacho, por lo cual no dejaba de tener cierta dosis de presuncion.

—¿Tienes miedo? le dije arrojando una carcajada que debió herir su amor propio y despertar su salvaje orgullo, puesto que alzó su frente teñida de púrpura y sus vivaces ojos me lanzaron una iracunda mirada.

Creo que si se hubiera dejado conducir por los primeros ímpetus de su cólera, me hubiera hecho descender de mi cabalgadura de una sola puñada y aun jugado á la pelota conmigo si se le hubiese ocurrido semejante antojo.

Mas como la lluvia no cesaba y yo me dirijia ya por una senda que iba á comunicarse con el derruido edificio de que dejo hecha mencion, aquel hombre, que sin duda era un valiente, tornó á palidecer, se adelantó y cojiendo las bridas de mi caballo, murmuró en voz baja

—Sí, sí, tiene V. razon: tengo miedo, soy un cobarde, y aquella casa... oh! sí, aquella casa me infunde un espanto que no

© Biblioteca Nacional de España

puedo vencer.

—Pues qué tiene de particular? le pregunté sin suspender mi marcha aunque bastante admirado de oirle: ¿Hay duendes en ella ó está encantada por ventura?

—Yo no creo que haya duendes: me replicó; lo que puedo decir, porque todo el mundo no asegura, es que aquella es la casa maldita, porque lo está de Dios y de los hombres y se cuentan de ella cosas terribles.

—Se han cometido allí algunos crímenes?

—Muchos y muy grandes, señor; allí ha matado un padre á sus hijos y un marido á su esposa y una mujer á su amante y ¿qué sé yo cuántas cosas mas? Allí ha caido fuego del cielo y la justicia de los hombres ha tenido bastante que hacer y que averiguar; pero nadie ha dado con el asesino, absolutamente nadie ha podido descubrirle. Parece que se lo ha tragado la tierra.

—Y ¿quién vive ahora en aquel edificio?

—Nadie, señor; está completamente deshabitado.

Traté de tranquilizar á mi hombre haciéndole entender que sus temores eran infundados. No habiendo allí nada que realmente pudiera ofrecernos peligro ¿por qué no habia de guarecernos durante la tempestad al abrigo de aquellas ruinas?

A pesar de todo, lo mas probable hubiera sido que no hubiéramos logrado ponernos de acuerdo: él parecia decidido á no dar un paso mas por aquella senda y yo lo estaba en mi propósito de descansar hasta que el chaparron que caia hubiese cesado. Pero en aquel momento, es decir, cuando yo dirigia mi caballo hácia el edificio en cuestion y mi guia se quedaba rezagado, un hermoso perro que salió de la casa y se nos fué acercando, llamó nuestra atencion con sus ladridos y tranquilizó como por encanto el espíritu de mi acompañante.

—Aquí, *Palomo*, aquí, gritó recobrando de pronto su serenidad y hasta manifestando un júbilo que no pudo menos de chocarme.

Y volviéndose luego hácia mí y olvidándolo todo, me dijo con animado acento:

—Vamos allá señorito; vamos allá que ya no tengo nada que temer.

El pero se colocó delante de nosotros como indicándonos que podiamos seguirle.

¿Conoces al amo de este hermoso animal? pregunté á mi guia, quien al punto me contestó:

—Que si le conozco! ya lo creo; como que es el buen Pascasio, el patriarca de estos bosques, *El Ciego de los Valles* como todo el mundo le llama.

—Y opinas que ahora estará entre aquellas ruinas que tanto pavor te infundian?

—Sin duda le habrá sorprendido por aquí la tormenta y se habrá refugiado como nosotros lo vamos á hacer.

—Y ya no tienes miedo?

—Ninguno.

—Y al decir esto, apresuró el paso de tal manera, que mi caballo apenas podia seguirle. Yo volví á preguntarle:

—Tanto cariño y tanta confianza te inspira ese ciego?

—Pues ¿quién puede dejar de quererle? me respondió con marcado entusiasmo. Supóngase V. que es un viejo de unos setenta ó mas años, que hace lo menos veinte le estamos viendo por todas partes y á toda hora, llevando el consuelo y la paz á los que padecen. Donde quiera que hay una necesidad que socorrer, una dolencia que curar, un muerto á quien deba proporcionarse un sufragio ó una sepultura, ya está allí el Ciego de los Valles, con su lazarillo y su perro, dando consejos á los incautos, amparo á los menesterosos y aliento á los abatidos. Nadie sabe donde come, ni donde vive, ni en donde descansa. Se le vé algunas veces aceptar con reconocimiento la limosna que le ofrecen las almas piadosas, y sin embargo parece que su cuna no ha sido el humilde gergon de un mendigo. En fin, todos le queremos y le respetamos, á pesar de la misteriosa vida que lleva y de la profunda tristeza que casi siempre le abruma.

Esto fué en sustancia lo que me dijo mi acompañante, el cual no llevaba trazas de concluir; pero en aquel momento llegamos á la puerta de la casa maldita, segun él hubo de llamarla poco antes, y ámbos nos quedamos contemplándola. En el rostro de mi patron se pintaba una especie de terror supersticioso que sin duda no podia desechar de sí. A mí me aguijoneaban la impaciencia y la mas viva curiosidad.

II.

LA CASA MALDITA.

La casa, objeto de nuestras mudas contemplaciones, era un edificio de dos cuerpos, de sencilla y severa apariencia, juzgando por los restos que de ella quedaban; pero en la actualidad su estado era tan ruinoso que apenas se conservaba la planta baja, el frontis y los ángulos de la parte de la derecha. El resto se habia desplomado y derruido hasta convertirse en un monto de escombros dando lugar á que desde afuera y á través del ingreso principal lo mismo que de las ventanas y de las profundas brechas abiertas en los muros, pudiese notarse el deterioro de toda la parte interior. Los tejados estaban destruidos, las paredes y el maderámen de los techos y las puertas, ennegrecidos y carbonizados; el conjunto, en fin, presentaba un aspecto tan sombrío, tan lúgubre, que desde luego me pareció disculpable la prevencion conque al parecer la miraban los vecinos de los valles inmediatos, que fundándose segun yo creia en las tradiciones de alguna antigua conseja, habian aplicado al misterioso edificio la significativa denominacion de la casa maldita.

Las huellas de un horrible incendio estaban marcadas en ella con caractéres indelebles y esto me hizo recordar las palabras de mi conductor al asegurarme que allí habia caido fuego del cielo. Por lo demás pude observar igualmente que en los puntos en donde el voraz elemento no habia hecho brotar sus llamas y sus torrentes de humo, se habia cubierto todo de un espeso ropage de yedra que trepando hasta los bordes mas altos de las paredes medio derruidas, caia otra vez desmayadamente como esos sauces llorones que vemos algunas veces en los cementerios formando triste maridage con alguna solitaria tumba. Finalmente, en uno de los puntos mas elevados del edificio, que habian logrado sustraerse á tan general devastacion veiase un pequeño espacio cubierto, donde algunas cornejas habian hecho su nido. Lo advertí, porque al llegar nosotros cerca de la casa, uno de esos pájaros agoreros cruzó el espacio lanzando lastimeros graznidos y fué á posarse en las ramas de un árbol. Sin duda no estaba acostumbrado á ver gentes por los alrededores de su triste morada.

Todo pues, revelaba en la casa que describo que el peso de una catástrofe, mas bien que el de las huellas demoledoras del tiempo, habia contribuido á su abandono y destruccion. Se echaban de ver en aquellas ruinas, un sello y una mezcla tan notables de magestad y de miseria, de espanto y de tranquilidad, de interés y de fuerza de repulsion, que en vano hubiera querido esplicarme por qué causa su mismo silencio me hablaba tan elocuentemente al alma, como advirtiéndome que si aquello no estaba realmente maldito de Dios y de los hombres, cuando menos habia sido teatro de algun crímen ó acaso tambien de alguna terrible espiacion. Pareciame, por decirlo de una vez, un cadáver galvanizado que se hubiese levantado de improviso con el solo objeto de mostrarnos sus profundas y sangrientas heridas.

Yo hice las anteriores observaciones en mucho menos tiempo del que he necesitado para expresarlas. Seguia lloviendo, estábamos empapados hasta el pellejo y era indispensable resguardarnos de la intemperie lo antes posible. Juan Tomás, que así se llamaba mi guia, hizo pues, un esfuerzo para vencer sus repugnancias, santiguóse devotamente y despues de tenerme el estribo y de tomar las riendas del caballo se introdujo dentro del edificio, siguiéndole yo y precediéndonos el perro. Por mi parte habia examinado aunque rápidamente el exterior de la casa maldita y estaba deseando conocer al viejo por quien Juan Tomás habia manifestado las mas señaladas muestras de veneracion y de profunda simpatía.

III.

EL CIEGO DE LOS VALLES.

Respecto al interior de la casa tengo muy poco que añadir. Al frente la especie de zaguan en donde habiamos penetrado, veiase un largo pasadizo y al final de este una puerta carcomida y agugereada por cuyos intersticios penetraba la escasa claridad de aquel dia nebuloso. A la derecha se descubria el arranque de una escalera enteramente obstruida por los escombros y las maderas incendiadas que en el momento de la catástrofe debieron desprenderse de lo alto. Por último, á la izquierda nos encontramos con un vasto departamento, bien conservado aunque en extremo oscuro porque una sola ventana que tenia y que se comunicaba con la parte exterior hallábase tambien obstruida. En medio de esta pieza, cuyo pavimento estaba embaldosado, se alzaba como cosa de medio palmo un hogar espacioso sobre el cual habia un monton de leña gruesa y á medio encender. Cerca de la chimenea que era de forma circular, semejándose en un todo á una monstruosa campana, elevábase un poste donde ardia, puesta en una especie de tubo de hierro, una tea que al arrojar sus resplandores inciertos sobre aquellas tinieblas, prestaba un aspecto fantástico á la gran pieza que voy describiendo. Su mueblage consistia, segun pude observar luego, en un viejo escaño con mesa levadiza y algunas pequeñas banquetas de madera. En una de estas banquetas se hallaba sentado un muchacho como de catorce á diez y seis años, el cual ocupábase á la sazon en quitar la tea de su tio para encender con mas comodidad y prontitud la leña colocada debajo de la chimenea.

La primera impresion que sin duda hubo de causarle el ruido de nuestros pasos, fué la de una sorpresa inaudita. Su rostro reveló el mayor asombro, lo cual se tradujo—yo al menos lo creí así—en el absoluto silencio que guardó y en las inquietas miradas con que parecia querer envolvernos. Por lo demás, nosotros no estábamos tampoco tan comunicativos que tuviésemos derecho para exigir mayores muestras de cortesía. Tomás temblaba como un niño asustadizo y yo buscaba en vano la *venerable figura del Ciego de los Valles.*

Nuestro introductor de embajada, que en aquella ocasion lo era el perro *Palomo*, debió conocer la posicion embarazosa en que nos habia colocado la casualidad convertida en lluvia, y en su consecuencia obró con ese instinto maravilloso que hace de la raza canina la mas inteligente y diplomática familia de todo el mundo cuadrúpedo. Dominando la situacion como diria un escritor político ensalzando la conducta de algun prohombre, y haciéndose intérprete por decirlo así, de nuestros sentimientos, acercóse con cierta magestuosa gravedad al atónito adolescente cuyo silencio me parecia bastante obstinado; luego le puso sobre el pecho ámbas patas delanteras, le miró, nos miró con fijeza, y meneando la cola dejó escapar algunos ladridos. Probablemente quiso decirle entonces:

—Ea! tontuelo, no pases cuidado: los señores que vienen conmigo son personas de toda mi confianza. Recíbelos con agrado. Los pobrecitos vienen hechos una sopa.

Formalmente hablando ¿quién sabe si fué algo de esto lo que *Palomo* le quiso decir al muchacho? ¿Quién sabe si aquel hermoso animal no formuló una súplica en favor nuestro ó quiso dar una leccion de benevolencia á su amo?

Lo cierto es que el muchachuelo nos miró entonces con cierta dulzura, y nos hizo un gesto señalando con la mano al escaño donde yo me senté sin mas circunloquios, despues de heberme quitado el abrigo que llevaba encima del gaban.

—Gracias, le dije.

La llama de la tea se comunicó al mismo tiempo al haz de leña que ardió prontamente iluminando hasta los mas oscuros rincones de la desmantelada cocina.

Tomás se habia sentado junto á mí en uno de los pequeños bancos de madera. El muchacho volvió á colocar la tea en su sitio y permaneció de pié, inmóvil y silencioso.

—¿Dónde está el buen Pascasio? le pregunté deseando entablar conversacion.

El muchacho siguió guardando silencio.

—No se canse V., me dijo entonces Tomás; ese chico no satisfará ni una sola de sus preguntas.

—¿No es el lazarillo del ciego?

—Sí, señor; pero es sordo-mudo de nacimiento y mal podrá contestarle.

Quedé admirado al saberlo, porque me parecia imposible que un hombre sin vista pudiese tomar por guia de sus pasos y por intérprete de sus deseos á un muchacho privado del uso de la palabra. Cuando el mudo quisiera hacerse entender del ciego ¿cómo haria para conseguirlo?

¿Cuál era, pues, la simpatía, el lazo de union que los ligaba? ¿por qué estraña afinidad se veian asociados aquellos *seres inútiles*, tan infelices y tan débiles que apenas podrian valerse el uno del otro para evitar un peligro cualquiera y atender mútuamente á su propia conservacion? ¿Habia entre ellos algun parentesco? ¿los ligaba tan solo esa mancomunidad dolorosa que puede hacer brotar dentro de dos ó mas almas, la consideracion de un infortunio igual, irremediable y constantemente abrumador?

(*Se continuará.*)

EN UN ALBUM.

Si el aura murmura risueños amores,
Si crece lozana la rosa gentil,
Si el alba abandona su lecho de flores,
Es solo por tí.

Si amante se besan las castas estrellas
Que arrullan las brisas de plácido Abril,
Si el cielo coloran fulgentes centellas
Es solo por tí.

Si bella, indecisa, descubre la luna
Sus tímidos rayos que envidia el marfil
Rielando en las aguas de clara laguna
Es solo por tí.

Sí, en fin, entre sombras divisan tus ojos
Un sauce que llora con blando gemir.
Es mi alma que siente tus duros enojos
Y llora por tí.

Luis Carlos TIRADO.

ROSA DEROY.

HISTORIA VALONA.

(Continuacion.)

—¿Qué teneis? le preguntó Rosa con un semblante de interés capáz de volver loco á cualquiera.—Él iba á hablarla, iba á decirla cuanto la amaba, cuan feliz lo haria consintiendo en ser su esposa, cuando Rosa se paró delante de él, y apoyándose en una mesita que estaba al lado del jóven, fijó en sus ojos su penetrante mirada, á la vez sonriendo y repitiendo su pregunta.

Oh! aquella mirada, aquella sonrisa, detuvieron nuevamente en los labios del pobre enamorado la declaracion que estaba á punto de hacerles, y al gracioso desafío á que así se le provocaba se contentó con responder:

—Es que tengo hambre, señorita.

—¿No es mas que eso? dijo Rosa riéndose, pues bien, vamos á comer. Creo que Papá os ha invitado, ¿no es así Mr. Miguel? Antes de un cuarto de hora se servirá la comida; es el tiempo que necesito para reparar un poco el desórden de mi trage y de mi peinado para poderme sentar á la mesa. Dispensadme, dentro de un instante vuelvo. Y la jóven se alejó á todo correr.

© Biblioteca Nacional de España

Miguel fué á buscar á su excelente y anciano profesor para despedirse de él.

—¿Y bien, le dijo este con amistad, has hablado?

Miguel movió la cabeza.

—Te quedas á comer, ¿no es eso? Es cosa convenida; dijo el viejo maestro, compadecido del aspecto de abatimiento del jóven.

—No, no, mi querido profesor, os dejo; me causaria demasiada pena el volver á ver hoy á Rosa. No me quiere.

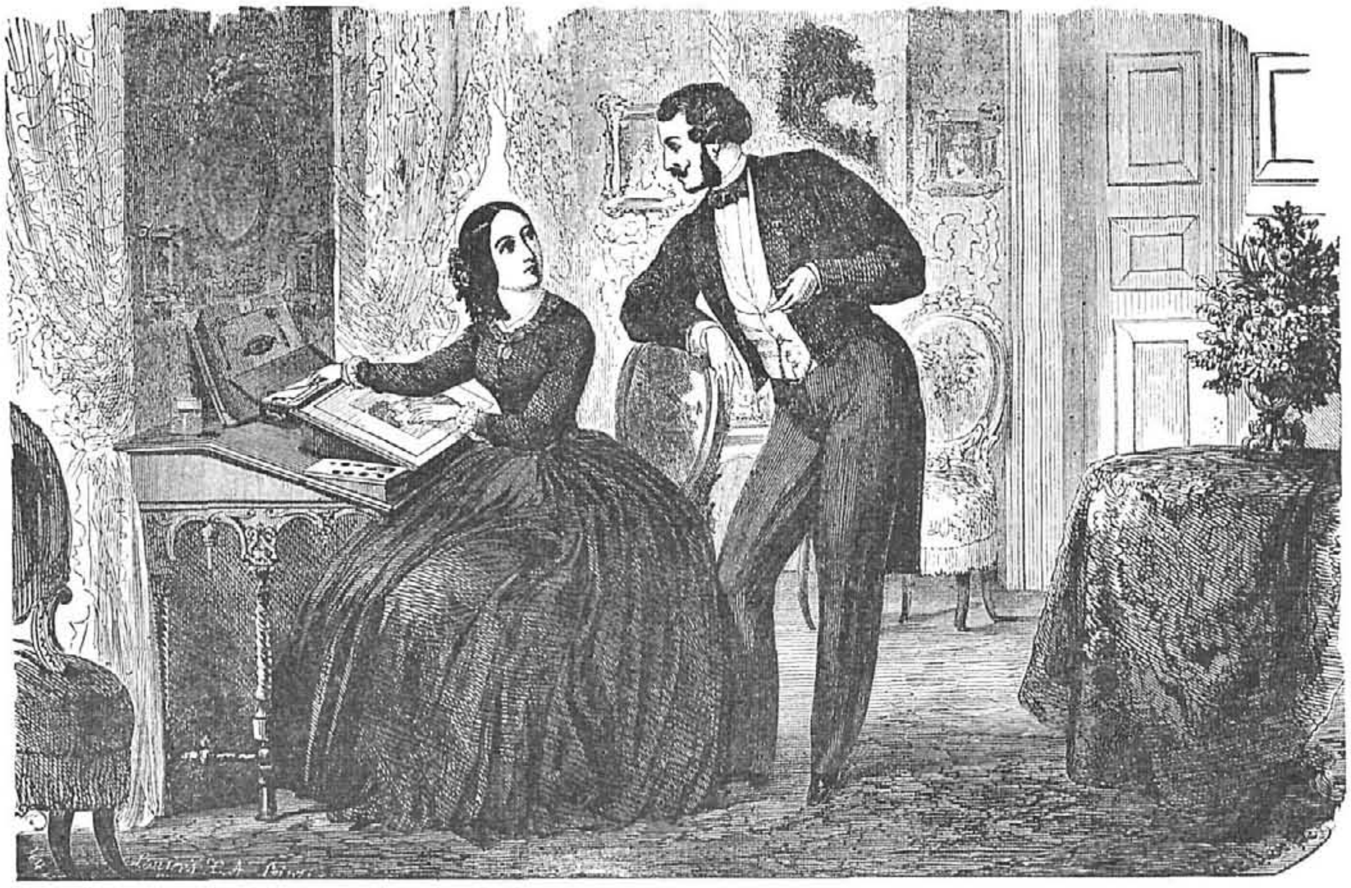
—¿Te lo ha dicho ella?

—No, pero me lo ha hecho comprender. Si su corazon hubiese estado de acuerdo con el mio, pronto nos habriamos entendido; pero lejos de eso, Rosa ha evitado toda explicacion. No la culpo por ello, ni le guardo rencor.

Miguel se hallaba muy conmovido. Su profesor le estrechó la mano y lo dejó partir. Cuando volvió á su casa y trajo á la memoria su conversacion con Rosa, no pudo reprimir un movimiento de indignacion y de cólera, y maldijo á la jóven coqueta, que se habia propuesto cerrarle la boca cuantas veces su corazon se desbordaba de amor y de esperanza.

—Sufriré, decia, poniendo sus cerrados puños sobre sus ojos para impedir que brotasen sus lágrimas; sufriré, pero yo me curaré. Procuraré llevar á otra parte un corazon que quizá no será siempre desdeñado; y esto lo haré lo mas pronto posible, para que no tenga esa suprema vanidad de las coquetas, la de creer que me ha desesperado.

Mr. Deroy se alegraba de estas cosas en el fondo de su corazon. Ciertamente no queria impedir á su hija el que se casase; pero en verdad, segun él, ninguna prisa corria. Se le oprimia el alma al pensar que aquella niña, á la que habia criado con tanto esmero y tanto cariño, habria de verse obligado á entregarla un dia á un estraño que quizá la llevase lejos de él, y que en todo caso tendria que ocupar un lugar secundario en aquel corazon que ahora le pertenecia todo entero.



Arnoldo hizo como que estaba muy ocupada con un dibujo cuyo bosquejo parecia principiar.

Poco tiempo despues corrió Jupille y en Herstal la voz de que Miguel Leonis iba á casarse con la linda Catalina Spee, la amiga de Rosa.

En efecto, esta jóven vino un dia muy conmovida y risueña á hacer una visita á la reina de las flores, y arrojándose en sus brazos la dijo:

—¿No es cierto que no te da pena el que me case con él?

—No, le respondió Rosa abrazándola afectuosamente, porque no podria desearte marido mejor.

Me ha confesado, dijo Catalina con buen humor, que no me ama todavía, pero que estaba seguro de amarme muy pronto. Le he respondido que se despachase, si no queria que yo lo hiciese antes que él. Yo ya sabia que me había pedido á mi padre. Entonces él me ha dicho: No haya miedo de que vos os adelanteis á mi. Fuimos á pedir á mi madre que fijase el dia de nuestra union. ¡Qué bien has hecho con dejármelo, Rosa! ¡Tienes tantos otros que te aman!

—¿Y acaso te faltan á ti?

—Es que ninguno me agrada tanto como él, replicó Catalina ruborizándose un poco.

Hablando de esta suerte las dos jóvenes bajaron al jardin, donde Catalina recibió las felicitaciones bien sinceras del padre de Rosa con motivo de su próximo enlace.

Dos meses despues, Miguel y Catalina se casaron, y Rosa los acompañó al altar. Gran motivo fué este de admiracion y de conjeturas para las otras jóvenes solteras. No es posible, decian, que *ella* (Rosa) no sienta el partido que perdió, y por mas que afecte indiferencia y amistad, en el fondo de su alma no debe querer bien á Catalina por haberle quitado ese novio.

La Rosa de los Fresnos, decian otras, tiene todo el aire de estar contentísima de la dicha de su amiga: no puede disimularse el despecho con mas habilidad que lo hace ella.

III.

Mucho tiempo hacia que no se habia visto á Pedro en los Fresnos, cuando de improviso vino á hacer á su prefesor una visita de despedida.

Deseaba, segun dijo, proporcionarse un último dia de felicidad antes de partir para Bruselas. Su ausencia debia durar seis meses poco mas ó menos. Iba á asistir á los ensayos de su primera ópera, y experimentaba grande ansiedad respecto al éxito de su obra, de la que dependia todo su porvenir de compositor. Sabemos que Pedro era pobre, y que no podia esperar largo tiempo el resultado de sus trabajos. Para él era cuestion de vida ó muerte. Su situacion, como se vé, era grave.

No se le ocultaban al jóven estas dificultades, y, para distraerle un instante de sus preocupaciones, Mr. Deroy le propuso un paseo á las orillas del Mosa mientras llegaba la hora de la cena, de cuyos preparativos se habia encargado Rosa.

Pedro aceptó. El inválido, que conocia á fondo todas las leyendas del pais, ofreció contarlas sobre el terreno mismo á la reina de las flores, y partieron todos alegremente para no volver hasta la hora de sentarse á la mesa.

El viejo soldado cumplió su palabra. Condujo á Mr. Deroy y á ámbos jóvenes en medio de las pintorescas ruinas de que están sembradas las inmediaciones de Jupille y de Herstal, y les contó su historia popular.

Todas las leyendas agradaban al inválido, cuya imaginacion poética despertaba con entusiasmo el recuerdo de lo pasado.

Mientras que ámbos ancianos se estasiaban en sus propias impresiones, prestemos oidos á la conversacion que á media voz llevaban los jóvenes.

—Creo que hablan de poesía, dijo Rosa adelantándose bajo los sauces que sombrean las orillas del Mosa. Escuchémos.

Diciendo esto miraba á Pedro con cierto aire de triunfo que le sentaba á las mil maravillas. Habia puesto en juego todos los recursos de su ingenio para distraer al jóven de sus reflexiones, y lo conseguia en efecto. Asi pues; con una sonrisa en que tomaban parte sus labios y sus ojos, le dijo:

—Vos tambien sois poeta, Pedro, porque ¿qué no sois vos? Antes de partir para Bruselas escribidme algunos versos para mi álbum.

—¿A propósito de qué?

Rosa miró al jóven compositor con sorpresa. ¡Deberia hacerse semejante pregunta, manifestar embarazo tal cuando se trataba de unos versos pedidos por una jóven y linda niña, que llevaba el título de reinas de las flores!

Tomó entonces de su pecho una rosa que habia cogido sobre un zarzal, y, despues de haber aspirado su leve perfume, se puso á deshojarla distraidamente. Una de las hojas, dispersas por el soplo del viento, fué á caer en medio del rio, revoloteó algun tiempo en la superficie, y despues fué arrastrada por la corriente.

Rosa habia seguido con los ojos las evoluciones de la hoja, cuando la vió deslizarse sobre las aguas batió las manos, y volviéndose al jóven le dijo: «Mirad, Pedro, el leve barquichuelo de hadas que boga sobre ese resplandeciente cristal. Ved aquí un motivo para vuestros versos,» y sin duda añadió mentalmente»: Seria preciso que tuviéseis muy poca imaginacion si no halláseis medio de deslizar en ellos algo de lisongero para mí.» Pedro se inclinó. Si alguno hubiese observado en aquel instante su bella y franca figura, habria sorprendido en sus labios una sonrisa de felicidad reprimida instantaneamente.

Rosa, ocupada en seguir el curso de su diminuto barquichuelo, no se apercibió de esta sonrisa.

Al siguiente dia nuestro jóven compositor vino á despedirse difinitivamente, puesto que habia de partir al dia inmediato. Al volver á su casa habia recibido cartas que le forzaban á no demorar mas su viage.

Mr. Deroy y el buen inválido lo animaban con el mayor afecto. Ámbos creian que el éxito habia de ser felicísimo.

Pedro parecia no participar de tan buenas esperanzas, pero no desesperaba sin embargo. Rosa nada decia. Trabajaba junto á la mesa, y su rostro estaba tan aproximado á su labor que casi no se percibia.

Ni una sola vez levantó la cabeza durante el tiempo de la visita, y cuando Pedro llegó á decirla, colocando sobre sus rodillas un papel doblado: «¿Y vos, Rosa, pensais tambien que mi ópera alcanzará éxito», pudo creer que el trabajo minucioso de la jóven le habia cansado mucho los ojos, porque estaban muy enrogecidos, y su voz alterada cuando le respondió:

—Rogaré á Dios porque asi sea.

En cuanto al papel, que contenia sin duda los exigidos versos, lo tomó friamente y lo colocó en una canastilla, sin abrirlo y sin parecer que pensaba en ellos.

En el momento de la despedida, Pedro abrazó á todos, hasta á Balbina. En cuanto á Rosa, sus mejillas estaban ardientes y una silenciosa lágrima corrió por ellas; pero la jóven retiró su mano de la de Pedro sin haberla estrechado, como él lo habia hecho.

Pedro la miró conmovido. ¿Sufria él ó nó por esta mezcla de afecto y de indiferencia? Eso es lo que no podemos decir.

Cuando partió Pedro, Rosa tomó su canastilla de labor y subió inmediatamente á su cuarto. Tomó el papel; su mano temblaba al desdoblarlo. ¡Cuán lejos estaba en aquel momento de la desdeñosa indiferencia que habia mostrado al recibirlo!

Eran en efecto los esperados versos. A llegar al último de ellos el papel cayó de las manos de Rosa.

¿Qué significaban estos versos? No contenian ni una sola alabanza de su hermosura, ni una sola de las alusiones con que ella habia contado.

¿Podia un jóven, sin mostrar marcado desden hácia una mujer, hacerle versos sin poner en ellos un cumplimiento delicado, ya que no una amorosa declaracion?

Pedro era ciertamente un estúpido, á pesar del talento que le concedian su padre y Chabardeze, jueces ámbos cegados por la amistad. Cualquiera otro que no hubiese sido Pedro habria sacado de seguro un gran partido de

© Biblioteca Nacional de España

la excelente ocasion que ella le habia proporcionado.

—Pero (murmuró Rosa) si no tiene nada que decir qué le importa el permiso de cantar?

Ah! os burlais de mí, señor Pedro! está bien.

Despues de esta amenazadora exclamacion, Rosa se acostó; pero antes de dormirse arregló en su cabeza todo un pequeño plan de venganza, y solo cuando lo creyó ya madurado fué cuando se entregó al sueño.

Soñó sin duda que Pedro estaba perdidamente enamorado de ella, y que ella se divertia en desesperarle, porque al despertar, y no obstante el insomnio de las primeras horas de la noche, apareció en todo su acostumbrado brillo.

Era el primer dia de Mayo. El sol, á ejemplo de Rosa, se levantó radiante y desplegó todas sus magnificencias. Las muchachas de los pueblos inmediatos debian reunirse al despuntar el alba para ir á atar el junco en las praderas, y nuestra coquetilla, que no podia ir con ellas, quiso sin embargo, á ejemplo de ellas, ir á consultar el oráculo del primero de Mayo. Fuese pues al amanecer al fondo del lindo vergel que se extendia detrás de la casa, y allí buscó bajo los espesos zarzales, una mancha de césped al que no le faltase ni abrigo ni frescura. Tomó tres matas, y ató á cada una de ellas una hebrita de seda de diferente color.

El negro era el color del celibato; el encarnado el enamorado desconocido, y el verde, emblema de las esperanzas secretas, era el color que mostraba al preferido del corazon.

¿En quién pensó Rosa al atar la hebra verde? Trabajo nos costaria decirlo.

Sea lo que quiera, ello fué que cortó las tres matas á igual altura, observó bien el sitio, y se propuso no olvidar, despues de tres dias de espera, el venir á buscar la respuesta del oráculo.

La yerbecilla que habiese sobrepujado á las otras en este corto espacio de tiempo, debia anunciarla su destino.

Al volver á su casa, Rosa se apresuró á desayunarse y á entregarse á sus habituales ocupaciones; despues vistiéndose con sencillez, tomó en su brazo un cesto, dió los buenos dias á su padre, al inválido y á Balbina, y bajó rápidamente la senda de la colina.

(Se continuará.)

La lectura de un excelente artículo que bajo el mismo epígrafe se insertó en el n.º 4 de *El Boletin de Ferro-carriles*, periódico cuya amenidad se enaltece por su falta de pretensiones, nos ha sugerido la idea de darlo á conocer por medio de algunas reflexiones propias, que en sí carecen de mérito, como en efecto carecerán, al menos no habrá de faltarle la oportunidad, toda vez que se destinan á hacer parte de una publicacion especialmente consagrada á los intereses del bello sexo. Verdades tal vez duras hay allí estampadas; pero verdades importantísimas, puesto que no solo afectan á la educacion de la mujer, si no que tienden á mejorar la sociedad, á salvarla.

En efecto, la siguiente serie de deducciones, que el autor del artículo estampa, son tan ingeniosas como lógicas. Dice así:

«La sociedad ha de ser ni mas ni menos lo que sean los individuos que la componen; los individuos no han de ser ni mas ni menos que lo que sean los individuos que la componen; los individuos no han de ser ni mas ni menos que lo que sea el hogar doméstico donde hayan pasado su infancia; el hogar doméstico ha de ser necesariamente lo que sea la mujer: luego lo que la mujer sea, eso ha de ser la sociedad. El hogar doméstico es, por decirlo así, el reino de la mujer, allí tiene sus naturales dominios.... La mujer es el centro de la familia.»

Si esto es así, como en nuestro concepto parece probado por el anterior raciocinio, bien es que la mujer comprendiendo todo lo importante, todo lo elevado de su mision social, se coloque á la altura de los grandes deberes que ella le impone; deberes que adquirió con la civilizacion cristiana, bien así como ella le concedió derechos que antes de ella no tenia, y que no tiene aun en los paises en que aquella civilizacion no existe.

¿Y por qué medio puede lograrlo? Ya se comprende que es por la perfeccion moral, y esta no se alcanza sino como todas, por el buen ejemplo y por la sana doctrina; por procurar adquirir la belleza del alma, sin la cual la del cuerpo puede serle mas peligrosa que útil, porque está mas expuesta á las seducciones, y porque tiene en la vanidad que ella crea su peor enemigo.

La misma palabra *bello sexo* que á la mujer en general se aplica, ofrece una nueva prueba de lo que ella debe ser, de lo que quiere, de lo que necesita la sociedad que ella sea. La belleza material, la puramente exterior, es un don concedido á las menos: la que hoy es bella, deslumbrante, arrebatadora, el tiempo hará que deje de serlo dentro de algunos años, porque tal es la ley comun de la naturaleza. ¿Y cuál es entonces la razon de que á todas se aplique el nombre colectivo de bellas? Porque en todas ellas quiere la sociedad que resplandezca otra belleza que nunca se marchita, que el tiempo, en vez de destruirla, la perfecciona, la belleza del alma, que esa no está sujeta á las mudanzas de la humana condicion.

No se opone, sin embargo, esta belleza á la otra, antes bien mútuamente se enaltecen cuando van unidas. La imaginacion se complace en atribuir á la bondad la perfeccion de las formas, y por eso representamos bello al ángel y deforme al demonio. En el rostro de una mujer hermosa buscamos siempre, sin advertirlo quizá, la hermosura del alma, y cuando creemos hallarla, entonces el amor surge; pero como es fácil equivocarse, porque el estudio y la sagacidad suelen echar un velo sobre aquel rostro fascinador, de aquí el que con razon se diga que el amor es ciego, y de aquí que la antigüedad gentílica pintase al dios Cupido con una venda sobre los ojos.

El trato, se dice, engendra el cariño, y es una verdad innegable; pero ¿por qué lo engendra? Porque hace nacer la estimacion con el conocimiento mútuo de las virtudes que ámbos abrigan, y que hace nacer un amor cuya posibilidad parecia quizá muy lejana á uno y otro.

Pero sigamos lo que el autor del artículo piensa respecto á la influencia que las actuales costumbres ejercen en la educacion de la mujer.

«Por regla general, nuestras costumbres contemporáneas no son sino una conspiracion permanente contra el pudor y la dignidad de la mujer. Para que nada faltase á tan diabólico sistema en estos últimos tiempos, hemos abandonado la antigua *galantería*, que aunque no santa, era siquiera una señal de respeto, y la hemos sustituido con ciertas formas de una peligrosa y poco decente confianza, capaz por sí sola de acabar con el barniz de pudor, que mal que bien dejaba intacto la galantería.»

«Y sin embargo ¡oh dolor! de entre estas mujeres educadas así, tratadas de esta manera, han de salir nuestras esposas y nuestras madres.»

Y añadimos nosotros. ¿De quién es por lo general toda la culpa? ¿Es acaso de la mujer? Veámoslo.

Se la llama sexo débil, y en vez de respetar, de amparar esta debilidad, se emplea contra ella un sistema de seduccion, ideado con sagacidad diabólica, y puesto en práctica con perseverancia horrible: se tiende á corromper su alma con la adulacion, con la sensualidad; se ponen en sus manos escritos en los que se celebra la apoteosis del vicio, en los que se hace interesante á la vil y desgraciada prostituta, en los que, cuando mas, se llama *extravio* al comercio infame de la honra, y en los que, en fin, sienta el comodísimo principio de que una pasion puede autorizar hasta el adulterio mismo, porque hay ya, por lo menos, un adulterio moral en amar á otro hombre que no sea el legítimo esposo.

Si semejantes ideas llegan á infiltrarse en el alma, adios moral, adios familia, adios sociedad. Esto es tan evidente que no necesita demostrarse: está en la conciencia humana.

¿Y cuál será el remedio? El autor del artículo nos lo formula en estas palabras, que compendian su pensamiento entero:

«¿Quereis, dice, una sociedad cristiana?— Pues educad cristianamente á las mujeres.»

En efecto, el cristianismo, que emancipó á la mujer, le dió los medios para hacerse digna de esta emancipacion, y esto lo hizo dándole reglas seguras á que se ajustase, principios eternos de moral á los que modelase su existencia. El Evangelio, que no es el gran libro de la tierra, sino el gran libro del cielo, le ofrece toda la enseñanza que necesita para cumplir la sagrada, la nobilísima mision que Dios le ha dado en la humana sociedad: con tan segura guia no haya miedo de que se estravíe, como en efecto no se estravía jamás cuando la sigue con fé y con perseverante deseo. Por eso tales mujeres, mas que seres humanos, nos parecen angélicas esencias: la especie de culto que les tributamos, no toca en impiedad, porque es un culto que se tributa á la virtud.

Recordamos haber escrito las siguientes palabras: «El dia en que la mujer deje de tener religion, el mundo será ateo.»

Este pensamiento, mucho mejor desenvuelto de lo que entonces lo fué por nosotros, es el pensamiento del magnífico artículo que ha dado lugar al nuestro de hoy. Aquel, empero, es la luz; este es la sombra.

Francisco Flores Arenas.

Explicacion del figurin de modas iluminado.

Trage de tul blanco.—Dos quillas, compuestas de tul blanco doble, están colocadas sobre la enagua á cada lado del corpiño; sobre estas quillas serpea un rizado de tul rosa, encerrando una rosa en cada vuelta que forma; los lados y el delantero de la enagua (entre las cuatro quillas) están adornados con seis bullones de tul blanco, separados por rizados de tul rosa, y dispuestos formando ondas; el mismo número de bullones están colocados un poco inclinados hácia abajo para formar una media cola. Corpiño escotado, con punta: berta guarnecida de rizados de tul rosa serpeando á todo largo; mangas compuestas de tres bullones de tul, adornadas con rosas.

Trage de crespon malva, puesto sobre una enagua de seda del mismo color.—El delantero de la enagua está adornado con tres volantes encañonados (de 20, 12 y 8 centímetros de ancho): estos volantes son de crespon malva, y están cubiertos de encage blanco. Guarnecen solamente la parte anterior formando delantal. Una segunda enagua de crespon malva muy larga, abierta por delante, está enteramente orlada por un volante encañonado de crespon cubierto de encage blanco: este volante, que tiene por detrás de 20 centímetros, disminuye gradualmente hácia el corpiño, que es escotado, con punta y cubierto por una berta. Fichú de tul blanco de seda guarnecido de encage blanco: esta berta está enteramente plegada, y cubre las mangas, que son muy cortas. El tocado es de terciopelo malva, adornado con una gran pluma blanca.

EL SALTO DEL CABALLO.

dar,	tan	á	die	las	o	tan	men
la	ron	yo	to	tes	to	vol	tras
to,	blan	en	ré	y	mar	tor	bas
du	mar,	unas	á	que	ve	se	sa
a	mien	e	ron	la	gri	ron	mi
pues	ras	os	mas	llas	de	lie	ñas;
ti	pues	ñas	de	cie	pe	á	fue
pe	que	sen	vo	mis	no	Hi	ron.

Principia en la 8.ª casilla de la 7.ª fila, y concluye en la última casilla.

Solucion al geroglífico del número anterior.

El juez mas imparcial del hombre es su conciencia.

A TODA PERSONA QUE ANTES DE SUSCRIBIRSE QUIERA CONOCER A FONDO LA PUBLICACION SE LE REMITIRÁ UN NÚMERO GRÁTIS.

Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesorería ó del Giro Mutuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

Los pedidos se dirigirán al Administrador D. Federico Joly y Velasco—CADIZ.

Editor responsable: D. FELIX PRICHARD.

Cadiz: 1862.—Imprenta y litografia de la Revista Médica. Bomba n. 1.

© Biblioteca Nacional de España